

corte, y celebró la fiesta de Navidad con el Emperador.

Cuando llegó á Bamberg dió cuenta al Sumo Pontífice de sus disposiciones y propósitos; y Pascual respondió reconociéndole al punto por obispo electo de Bamberg, é invitándole á pasar á Roma con entera seguridad. Oton partió en efecto con los diputados de su iglesia, quienes en los términos acostumbrados le pidieron por pastor: él espuso fielmente al Papa las circunstancias de su eleccion, y puso á sus pies el báculo y el anillo, pidiéndole perdon de su culpa ó de su inconsideracion. Mandóle el Pontífice volver á tomar las insignias de su dignidad, y como su conciencia timorata no podia aun determinarse á cargar con el peso terrible del obispado, Pascual le mandó en virtud de santa obediencia someterse á las órdenes del cielo. Él mismo le consagró por último con mucho aparato en 17 de Mayo de 1103 dia de Pentecostes.

No vemos pues que el Papa Pascual reprendiese á Oton ni á Bruno de Tréveris por haber reconocido por Soberano y por Emperador legítimo á Enrique IV, escomulgado y depuesto tantas veces por los Papas precedentes. Redújose toda la amonestacion á las investiduras, que ni aun fueron tratadas como esencialmente males y contrarias por su naturaleza al derecho divino; lo que muestra que no dejaba de ser católico, ni reconocido como tal el que no egecutase á la letra algunos decretos dados con arreglo á las máximas de Gregorio VII. Es evidente que el

poder de los Papas por lo menos sobre lo temporal de los Príncipes no pasaba entonces por un artículo de fe.

Gobernó San Oton la iglesia de Bamberg durante treinta y seis años con toda la edificacion que debia esperarse de sus talentos y virtudes. Amaba tanto á los pobres, que llenó de ellos la ciudad episcopal y las aldeas vecinas para cuidar él mismo de su alivio. Proveyó con la misma generosidad al mantenimiento y magestad del culto divino. Fundó hasta quince abadías y seis prioratos, tanto en su diócesi como en otras muchas de Alemania. Y sabiendo que se quejaban de tantas fundaciones, contestó que por muchas que fuesen, nunca podian reputarse escesivas tratándose de edificar posadas para los que viajaban por este mundo. Tuviéronle siempre en la mayor consideracion en la Polonia donde habia pasado su juventud, lo que empeñó al duque Boleslao, que queria establecer el cristianismo en Pomerania, á elegirle para esta empresa que no exigia menos que un apóstol; y el éxito colmó las esperanzas de este Príncipe. Tales fueron las consecuencias de la eleccion de Oton hecha por Enrique IV para el obispado de Bamberg.

Así como no siempre son perfectas todas las obras de los Santos, así tambien pueden las almas perversas egecutar acciones virtuosas sin interrumpir la carrera de sus malas inclinaciones. Enrique despues de la promocion prodigiosa de San Oton, persiguió á Odon, honrado por sus virtudes con el título de

Bienaventurado, y substituido canónicamente á Gochero, obispo cismático de Cambray y simoniaco. No pudo Gochero ser espelido de la ciudad entretanto existió el Emperador, y así Odon se redujo á egercer las funciones episcopales en el resto de la diócesis.

6. No estaba sin embargo distante el término señalado á los escesos de Enrique. Para hacerle el castigo mas sensible, permitió el cielo que su hijo segundo, del mismo nombre que él, fuese el fatal instrumento. Su primogénito Conrado, rebelado ya contra él catorce años antes, no habia conseguido hacerle entrar en razon, y despues de su muerte, acaecida en 1101, intentó por el contrario elegir otro Papa que Pascual. Hizo coronar á su hijo Enrique en el año 1102, declarando que queria cederle tambien el imperio, y que él partiria para la tierra santa. Transcurrieron dos años sin que pusiese en egecucion sus promesas, que por el pronto le habian grangeado el afecto de una gran parte de sus súbditos.

Cansóse su hijo de tan larga tardanza, y abandonando la corte enarboló el estandarte de la rebelion contra el Emperador su padre (1). No era menos diestro que este en el arte de fingir, y aparentó una grande modestia y un estremado respeto á la Religion y sus ministros, protestando en varias juntas, y poniendo á Dios por testigo, y por lo comun con las lágrimas en los ojos, que no tomaba el soberano po-

(1) *Usperg. ann. 1105.*

der por mira alguna de ambicion, sino por hacer que cesase un cisma de cuarenta años, que habia trastornado el imperio reduciéndole á la apostasia y casi al paganismo. Que no deseaba de modo alguno la deposicion de su padre y señor, sino intentaba tan solo oponerse á su irreligion y á su obstinacion cismática; y que si consintiese en humillarse al Príncipe de los Apóstoles y á sus sucesores, se apresuraria á prestarle obediencia como el último de sus vasallos. Atraieron estas declaraciones á su bando á los pueblos en tropel, y á la mayor parte de los señores. Ansiando Enrique su padre poner freno á la desercion, escribió una carta muy humilde al Papa Pascual, procurando hacer paz con la Iglesia: en Roma confiaron muy poco de las promesas de un Príncipe que tantas veces habia violado hasta sus mismos juramentos; pero bien pronto su hijo Enrique llevó las cosas á un extremo tal, que toda consideracion pareció inútil. Congregó un poderoso egército, y marchó contra su padre, que por su parte tenia tambien fuerzas considerables. Encontráronse los dos egércitos en Ratisbona, en donde se detuvieron tres dias en presencia uno de otro, separados solo por el rio Regen, que allí desagua en el Danubio. En esta posicion Enrique el hijo, que conocia el peligro de venir á las manos con un guerrero experimentado y de un valor heróico, atrajo al duque de Boemia y al marqués Leopoldo, cuyas tropas componian el refuerzo principal de su padre: retiráronse estos al principio del combate, y el Emperador abandonado se vió

reducido á huir furtivamente con los pocos que le seguian.

7. Poco seguro el jóven Enrique mientras vagaba en libertad su padre, propúsole una conferencia en Maguncia para poner fin á todas sus diferencias. Convenido en ello el Emperador, el pérfido hijo al encontrarse con él se arrojó á sus pies, le pidió perdón, y le regó con lágrimas, las que tenia siempre á su disposición. Despues tomaron los dos juntos el camino de Maguncia, y habiendo persuadido el Rey jóven á su padre que podrian descansar juntos en el castillo de Binghen, le mandó arrestar, y le detuvo allí prisionero. Trasladáronle algunos dias despues á Ingelheim, en donde le manejaron de tal modo que le obligaron á confesarse culpable y á renunciar el imperio; protestando que hacia voluntariamente esta renuncia, sin querer ocuparse ya en lo sucesivo mas que de la salud de su alma. Entregó al punto todas las insignias de la soberanía á su hijo, que fue reconocido por unanimidad sucesor suyo por todos los señores eclesiásticos y legos. Tuvo una asamblea en Maguncia en el dia de la Epifanía del año de 1106 de las mas numerosas que se habian visto mucho tiempo habia. Confirmaron desde luego los legados del Papa la eleccion con la imposicion de las manos; pero si esto se hizo lícitamente ó no, añade Oton de Frisinga en esta relacion de que es autor, no nos atrevemos á decirlo.

No tardó Enrique IV en arrepentirse de lo que habia hecho: retiróse á Colonia, despues á Lieja, y

allí tomó otra vez las insignias de su dignidad (1). Escribió despues al Rey de Francia una carta muy larga y patética, para interesarle en una causa que decia ser de todos los Soberanos. Escribió tambien al santo abad de Cluny, su padrino, ofreciéndole adherir á su opinion, tanto en lo perteneciente á los asuntos de la Religion como á los del estado. Mientras esto, el jóven Enrique, incomodado de que su padre pretendiese tomar otra vez el nombre de Emperador, se acercó á él con todas sus fuerzas, y le hizo intimar que le presentaria la batalla si no accedia en el término de ocho dias á la conferencia para que le citaba á Aguisgran. El Emperador, que con la poca gente que sus desgracias habian traído al rededor de él, no estaba para combatir con su hijo, contestó con una carta que dirigió á los Príncipes y prelados del imperio, reclamando en ella á todos los hombres de bien y á todos los cristianos en general, é invocando en defecto de los hombres los auxilios de Dios, de la Virgen su Madre, y de San Pedro, á quien tantas veces habia ultrajado en la persona de sus sucesores (2). „Hemos apelado, añade, y apelamos por tercera vez al Papa Pascual y á la iglesia romana.” Pero bien pronto hubo de comparecer ante un tribunal mucho más formidable.

8. Murió este Príncipe desgraciado en Lieja á 7 de Agosto de aquel año de 1106, á los cincuenta y cinco de su edad y cincuenta de su reinado. El obis-

(1) *Chron. lib. 7. cap. 11.* (2) *Epist. Henric. IV. ap. Baron. ann. 1106.*

po Otherto seguía aun en el cisma en que le había empeñado, y le hizo por el pronto enterrar en la iglesia de San Lamberto; pero este prelado no fue recibido en la comunión de la Iglesia hasta que desenterró el cuerpo, que trasladaron á Spira, y depositaron en un sepulcro de piedra fuera de sagrado. Añaden algunos autores, que antes de sus tentativas para restituirse en su dignidad, se había visto reducido á tan grande miseria, que había pedido al obispo de Spira una prebenda para poder sustentarse, y no la había logrado. Estas fueron las desgracias en que el desprecio de la Religión y principalmente el tráfico sacrílego de los beneficios eclesiásticos despeñó á un Príncipe, tan digno por otra parte del imperio por la estension y recursos de su talento, por un valor que le hizo dar y sostener sesenta y seis batallas, de que salió vencedor siempre que no le vendieron, y aun por su estatura magestuosa y todas las nobles gracias de los héroes.

Después de su caída, y al punto de su deposición por la dieta de Maguncia, procedieron contra sus partidarios cismáticos: espulsaron de sus sillas á muchos obispos, colocando en su lugar otros mas católicos, y poniendo entre-dicho general á todos los clérigos ordenados por prelados partidarios del cisma hasta después de un bien meditado exámen. Propasáronse algunos llevados de un celo extraordinario, á desenterrar los obispos que no habían muerto en el seno de la unidad, arrojando sus cadáveres fuera de las iglesias, comprendiendo entre ellos al del Anti-

papa Guiberto que yacía después de cinco años en la catedral de Ravena.

9. Autorizaba el nuevo Rey de Alemania y de Italia todos estos excesos de un celo desordenado, é intentaba encubrir debajo de estos odiosos velos de la Religión el atentado mas monstruoso, cometido contra el Emperador su padre. Mas no tardó en probar que la rebelión de los súbditos contra su Soberano, y la barbarie de un hijo contra su padre, no nacen de modo alguno de un amor sincero de la Iglesia. Cuando se vió señor absoluto, con la muerte del Emperador su padre, reclamó como un derecho inalienable de su corona aquellas mismas investiduras que habían causado su rebelión. El Papa, llamado á enfrenar personalmente los abusos inveterados de la iglesia de Alemania, hallábase ya en la Lombardía, cuando llegó á columbrar las maniobras torcidas del nuevo Emperador por algunas proposiciones que llegaron á sus oídos. „No, no, dijo suspirando: la puerta de la Germania no está todavía abierta para los sucesores de San Pedro:” y al punto resolvió pasar á Francia para tomar en tan críticas circunstancias medidas prudentes con el Rey Felipe sinceramente convertido, y con su hijo Luis el Grueso nombrado Rey.

10. Diéronle á su llegada los dos Príncipes los testimonios mas espresivos de su afecto, prometiéndole postrados á sus pies todas las fuerzas de su reino. Ofreciéronle además consagrar sus propias personas á la defensa de la iglesia romana á egemplo de Carlo-

Magno y de otros muchos Monarcas franceses. Y sabedores que el Rey de Germania enviaba embajadores al Pontífice para conferenciar sobre el asunto espinoso de las investiduras, mandaron preparar lo necesario para tener estas sesiones con toda seguridad en Chalons del Marne; y por el honor de la Silla apostólica le dieron para el viage una comitiva numerosa de abades, obispos y arzobispos (1). Apenas bastaron todas estas precauciones contra la audacia de los ministros germánicos, de quienes el duque Guelfo, que era el mas calificado, tenia una estatura colosal y una voz de trueno, y además hacia llevar siempre delante de sí una espada desenvainada. Parece que todos en general venian mas bien á intimidar que á conferenciar. Habiendo representado por parte del Papa que era cosa indigna hacer entrar en la esclavitud de los Príncipes de este mundo á la Iglesia libertada por el Hijo de Dios, encolerizáronse los feroces embajadores, y dijeron: no es aquí donde se ha de decidir esta cuestion con vanos raciocinios, sino en medio de Roma con la espada.

11. La firmeza del Sumo Pontífice, que no sirvió mas que para alentar el cisma en Alemania, produjo efectos enteramente contrarios en las islas británicas. Ya por horror á las turbulencias que habian assolado el imperio y precipitado al Emperador Enrique IV en un abismo de calamidades, ó ya por miedo de participar del odioso renombre que Guillermo el Rojo habia dejado entre los ingleses, ó ya mas

(1) *Suger. vit. Lud. cap. 9.*

bien por la dificultad de superar la magnanimidad verdaderamente episcopal de San Anselmo, y el alto crédito que le habian dado sus virtudes, lo cierto es que Enrique, sucesor de Guillermo, despues de haber probado de mil modos la constancia del santo arzobispo, obligándole á emprender segundo viage á Roma, apoderándose de todos los bienes de la iglesia y teniéndole largo tiempo desterrado fuera del reino, firmó por último un convenio razonable y cristiano (1). Instó desde luego al Santo á que volviese á entrar en la isla, en la que á su desembarco fue recibido como el ángel tutelar de la nacion y el precursor de la felicidad pública. La Reina en particular, despues de haber ido á rendirle los homenajes afectuosos de su piedad filial, fue delante de él todo el resto del camino para prepararle las habitaciones. Obligóse el Rey á restituir todos los bienes de la iglesia de Cantorberi, que habia usurpado durante la ausencia del arzobispo, á descargar á todas las iglesias de las contribuciones impuestas por Guillermo el Rojo, y finalmente, á no dar otra vez ni permitir que diese ningun lego la investidura de un obispado ó abadía por la entrega del báculo ó anillo. Declaró Anselmo por su parte, que la supresion de las investiduras en nada disminuirla el respeto ni la obediencia efectiva de los prelados hácia su Monarca. Al punto dieron pastores á las muchas iglesias que carecian de ellos por largo tiempo.

12. Restablecidas asi la inteligencia y la concordia

(1) *Edmer. Novor. lib. 4.*

entre las dos potestades, procedieron de acuerdo á restablecer también las costumbres y la disciplina en el clero. Para desterrar de él eficazmente el amancebamiento, resolvieron que todos los sacerdotes incontinentes abandonasen sus mugeres si querian continuar diciendo misa, que perdiesen sus bienes con sus mancebas, y quedasen en entre-dicho el tiempo de cuarenta dias para hacer penitencia. Y que si preferian renunciar al altar antes que á sus vergonzosas costumbres, el entre-dicho seria perpetuo, y quedarian privados de todo beneficio eclesiástico, ó declarados infames.

13. Sobrevivió San Anselmo poco tiempo á esta feliz concordia: tenia muchos años, y sus últimos trabajos habian aniquilado el resto de sus dias. Sin embargo, la preferencia de su silla, disputada por la de York, le volvió todo el vigor de su primera edad. Elegido Tomás para este arzobispado, hacia mucho tiempo que dilataba su consagracion, aguardando algun incidente favorable al designio que habia formado, y aun manifestado de participar de la primacia de Inglaterra. De acuerdo con él, sus canónigos, al ver el estado de languidez á que estaba reducido San Anselmo, le escribieron con audacia que la iglesia de York era igual á la de Cantorberi. Conoció Anselmo todas las consecuencias de esta pretension, y de la preocupacion que dejaria despues de su muerte si no se apresuraba á reprimirla; y así respondió á Tomás en estos términos: „Sabed, que en presencia y nombre del Dios Todopoderoso, os privo de

toda funcion sacerdotal, y os prohibo egercitar el ministerio de pastor hasta que dejando de rebelaros contra la iglesia de Cantorberi, nuestra madre, la ofrezcais obediencia como han hecho vuestros predecesores; y si persistís en vuestra rebelion, prohibo bajo la pena de anatéma perpetuo á los obispos de la Gran-Bretaña, que os impongan las manos y que os reciban en su comunión si os haceis ordenar por estrangeros.” Envió esta carta á todos los prelados de Inglaterra, y les intimó en virtud de santa obediencia que llevasen á efecto su contenido.

Obró este golpe de vigor aun despues de la muerte del Santo, quien, como fuese siempre decayendo cerca de seis meses, entregó por fin su alma al Criador en 21 de Abril de 1109, al año sexto de su pontificado y setenta y seis de su edad. Su carta contra Tomás, leída entonces en presencia del Rey que reunia su corte en Londres, causó en ella una impresion tal, que once obispos declararon que se conformaban exactamente con todo su contenido aunque fuese necesario perder su dignidad. Sanson de Worcester, padre de Tomás, hizo la misma declaracion, á la que tambien suscribieron el Rey y toda la concurrencia. Por último, el ambicioso arzobispo de York ofreció con juramento á la iglesia de Cantorberi la obediencia que la habian rendido sus predecesores; y aun tuvo en el resto de su vida grande pesar de no haber sido consagrado por la mano de San Anselmo.

14. Nos restan de este santo doctor muchas obras